

CREATIVIDAD, ESCRITURA, IMPROVISACIÓN Y PERFORMANCE PARA DOCENTES

Tirso Priscilo Vallecillos García

Para comenzar me situaré al final de la fila. Acababa de impartir mi primer taller de creatividad, escritura, improvisación y *performance*. Me sentía satisfecho con mi trabajo y, por lo que había apreciado, mis alumnos también. Por la estructura de aquellas jornadas los talleres se desarrollaban dos veces en la misma tarde. El caso es que me fui a tomar un café al bar aledaño y, pasados unos minutos, un compañero me interrumpió para comunicarme que teníamos un problema. Pegué un largo sorbo para coger fuerzas y salí sin cortar la llamada. La puerta de acceso a mi trabajo estaba prácticamente taponada por gente. “Ese es el problema —me dijo mi compañero—, es la cola para entrar a la segunda sesión de tu taller”.

Esta es solo una anécdota sin importancia que, orgulloso, me gusta contar. No me ha vuelto a suceder nunca un hecho así. Supongo que varios planetas se alinearon con la puerta del CEP (Centro del Profesorado) de Sevilla, lugar donde trabajo. El hecho es que, poco a poco, mis formaciones se han ido diversificando y enriqueciendo

desde aquella primera vez y ahora, además del formato de taller, imparto cursos con varias sesiones para que los profesores puedan probar las actividades en el aula y traerlas de vuelta. No, no he vuelto a tener colas para acceder a mis formaciones, pero he encontrado un formato que funciona.

Nunca había reflexionado sobre las necesidades formativas de nuestros maestros y profesores —ni siquiera cuando, después de mi jornada laboral, yo mismo asistía a talleres, cursos, y congresos—, hasta que accedí a una asesoría de formación.

Desde el otro lado, desde la silla del gestor de acciones formativas, puedo situar el punto de inflexión el día que me hice cargo del funcionamiento de un taller de ilustración (presentar al ponente, controlar necesidades materiales, tiempos, etc), en una de las múltiples jornadas que, con frecuencia, organizamos.

En aquella ocasión, y solo cuando comprobé que todo estaba bajo control, me senté y actué como si fuese otro asistente más. El caso es que la persona encargada de instruirnos repartió cartulinas, revistas, lápices de colores, tijeras, cola, y nos encomendó la tarea de hacer un *collage*. Fin del taller.

¿Por qué cuento esto? Quizás porque, aunque recuerdo que fue divertido, no nos ofreció nada que llevar al aula. Debo precisar que no tengo una formación artística especializada pero, de entrada, se me ocurrieron muchas preguntas que hubiera lanzado a los asistentes antes de comenzar a trabajar. Preguntas sobre su alumnado, sobre los materiales que los docentes utilizan a diario, sobre las técnicas de creación que conocen, por ejemplo. Una vez hecho esto, los hubiera puesto a trabajar con un objetivo concreto, a ser posible diversificando las tareas y realizando, al final, una puesta en común de todo lo aprendido y una reflexión sobre qué se podría llevar al aula y en qué condiciones hacerlo. Sin embargo, nada de esto sucedió. Fin del taller.

Sí, nos divertimos mucho. En general, la valoración no fue demasiado negativa, quizás porque algunos hicimos un poco el payaso, unido al hecho de que, mientras manipulábamos los materiales, podíamos hablar entre nosotros, hacer, como solemos decir, un poco de terapia. Desde el papel de “profesional de la ilustración” y alejada de la práctica docente, la persona encargada de impartir el taller, si acaso, nos ofrecía, de vez en cuando, un juicio estético, apenas alguna indicación.



Ilustración 1: Lectura performática. CPR Mérida

Ya en este momento comenzaron algunas de mis sospechas: los profesores, como los alumnos, necesitan expresarse, reunirse, comunicarse entre iguales; también pensé en los ponentes y en la necesidad de que conozcan la realidad educativa aparte de ser especialistas en algo.

Aquella experiencia me hizo pensar en el esfuerzo que hacen los docentes: después de una mañana entre cientos de alumnos sacan fuerzas y vienen a nuestros centros para formarse. Entre la clase puramente transmisiva y la reunión lúdica, se imponía un término intermedio y, por esta razón, me animé a impartir un taller de creatividad, escritura, improvisación y *performance* en lo que serían las siguientes jornadas. ¡Qué innovador se siente este chico!, pensaréis. Era, y soy consciente, de la existencia de magníficos profesionales muy bien valorados, divertidos, amenos. Pero lo que yo pretendía era dar rienda suelta a esa necesidad de expresarse y ser escuchado que tiene el docente, y hacerlo en un entorno formativo y lúdico. Quería jugar con ellos, pero no desde la ausencia de contenidos o desde el desorden, sino desde la práctica sistematizada.

Dirigirse a otros profesores, siendo profesor, puede resultar pretencioso, por lo menos así lo sentía yo, y de ahí que llevé aprendidas unas palabras que, normalmente, repito por respeto y convicción, como si se trataran de un mantra: “Señores y señoras, es posible que, seguramente muchas, si no todas las actividades que vamos a realizar, las hayan desarrollado antes en sus centros. Cuando así sea opinen, aporten su experiencia...”.

Descubrí que podía ofrecer dos cosas: una batería de actividades que yo a había testado en el aula y un modelo de cómo hacer las cosas; no “el modelo” sino “un modelo”, porque en mi credo está la total convicción de la necesidad de coexistencia entre los distintos modelos docentes, todos necesarios.

Se puede regresar a casa con nuevas actividades, eso está claro, pero ¿se pueden hacer determinadas actividades de otra manera? ¿Puede un profesor tímido, por ejemplo, acercarse a sus alumnos con otra actitud? ¿Podía yo ofrecer un nuevo modelo para afrontar estas actividades? De eso no estoy muy seguro, pero sí les podía mostrar el camino que yo mismo había recorrido. Me acordé de aquellos ejercicios que, desde el comienzo de mi labor como docente, me habían servido, no solo para tener mas seguridad de mí mismo, sino también para adquirir herramientas comportamentales que, en su mayoría, había tomado de mis alumnos con la técnica (sistematizada con el paso del tiempo) del que llamaría, con poca originalidad, “teatro improvisado” y más tarde “teatro paranoia”. De hecho, esta nueva adquisición de modelos comportamentales me llevó en mi práctica literaria a atreverme a presentar performativamente mis obras o a escribir y dirigir actos inaugurales como los de las Jornadas Provinciales de Biblioteca.

Sería una obviedad decir que el conocimiento que los docentes llevan al aula les precede. Así es y así debería de suceder siempre (aunque nadie descarta la adquisición de nuevos contenidos *in situ*). Y lo mismo tendría que suceder en el campo de la metodología ¿o no es así? Pero, ¿podríamos aprender a ser o a hacer las cosas de otra forma en el aula? ¿Podemos, por ejemplo, aprender de los alumnos? ¿Podemos incorporar nuevos registros a nuestro repertorio? Aunque este tema lo trato en otro artículo, la herramienta del teatro paranoia resulta ideal en este sentido. Y sí, en el aula, en ambas direcciones: docente/disciente se pueden adquirir nuevos registros comportamentales, de la misma manera sucede en el ámbito formativo de los docentes.

Volvamos al primer taller que impartí ¿Qué había pasado? ¿Por qué se había corrido la voz de tal manera que la mayor parte de los asistentes querían hacerlo en detrimento de los otros seis talleres que se ofertaban? Sinceramente, en las otras aulas había verdaderos expertos que desempeñaban su trabajo con gran profesionalidad. Y yo, como siempre digo, no hago ni ofrezco nada que no se haga y ofrezca ya en muchas aulas. Entonces, ¿qué ocurrió?

En mi modesta opinión creo que el profesorado quiere aprender cosas, siente la necesidad de formarse pero, al mismo tiempo, flotan latentes otras necesidades derivadas de la presión a la que está sometido (no olvidemos que no hay profesión que tenga que resolver por minuto más problemas que la nuestra), necesidades que pocas veces satisfacemos: la necesidad de divertirnos y la necesidad de expresarnos. Y, en este sentido, los talleres de creatividad, escritura, improvisación y *performance*, se convierten en lugares muy propicios.

Veamos algunos de las características de los talleres o cursos de creatividad, escritura, improvisación y *performance* para docentes:

FORO EXPRESIÓN

Cuando creamos un texto, sea oral o escrito, recorremos un camino que, independientemente de los demás, tiene su punto de partida y de llegada en nosotros mismos. No hace falta que cuente nuestra historia o que muestre nuestros sentimientos, basta con que responda a la necesidad que todos sentimos de expresarnos y que, en este tipo de formaciones, se ve satisfecha con inmediatez. Con independencia de los temas o técnicas, utilizamos nuestros propios materiales (experiencias y palabras), a través de nuestra mirada, medido todo con el termómetro de nuestras pieles... Y, al hacerlo, satisfacemos otra necesidad implícita: sentirnos escuchados. Conseguir un foro de expresión ideal está muy relacionado con lo lúdico y lo performativo.

LO PERFORMATIVO

Es una práctica usual pedir a los alumnos que hagan un trabajo creativo, que además esté escrito con corrección, y después, como mucho, solicitarles que lo lean

desde su sitio, a veces, sin prestar atención a aspectos de la expresión oral como vocalización o entonación... Esta es una causa por la que le doy tanta importancia a las puestas en escena. Cuando se presentan los textos se debe hacer como si se estuviera ante un público; porque los presentes en el aula, de hecho, son público. Es bueno que los docentes experimenten cómo los textos que acaban de elaborar se presentan con entidad, incardinando lo creativo a través de lo lúdico y utilizando con esta finalidad todo aquello que se tenga al alcance de la mano.

Normalmente basta con crear un marco performativo en el que insertar los textos. Entonces ellos se reconocen como los alumnos que son (también se encontrarán en sus propios alumnos), porque los profesores también se confunden al leer, dudan, entonan mal, algunos incluso no vocalizan o se ruborizan o se niegan a actuar. En este sentido es importante que sean conscientes del trato que reciben del profesor. Y yo, bueno, creo que les transmito lo que siento con respeto, porque para mí es maravilloso verlos y escucharlos, descubrir sus debilidades, disfrutar sus fortalezas.

ESPÍRITU CRÍTICO

¿Somos los profesores críticos con las manifestaciones artísticas o dentro de gremio existe el mismo porcentaje que en la sociedad de personas que se limitan a consumir ciegamente cultura?

Normalmente suelo partir de un texto trampa, por ejemplo, una letra de Melendi. A los maestros y maestras se le van solos los labios con sus canciones. Si les pregunto, algunos, más de lo deseado, dudan; unos pocos incluso defienden sus letras (tengo que dejar claro que conozco pocas canciones de este autor). Entonces nos ponemos a desgranarlas y donde parecía que había cereal solo encontramos tierra.

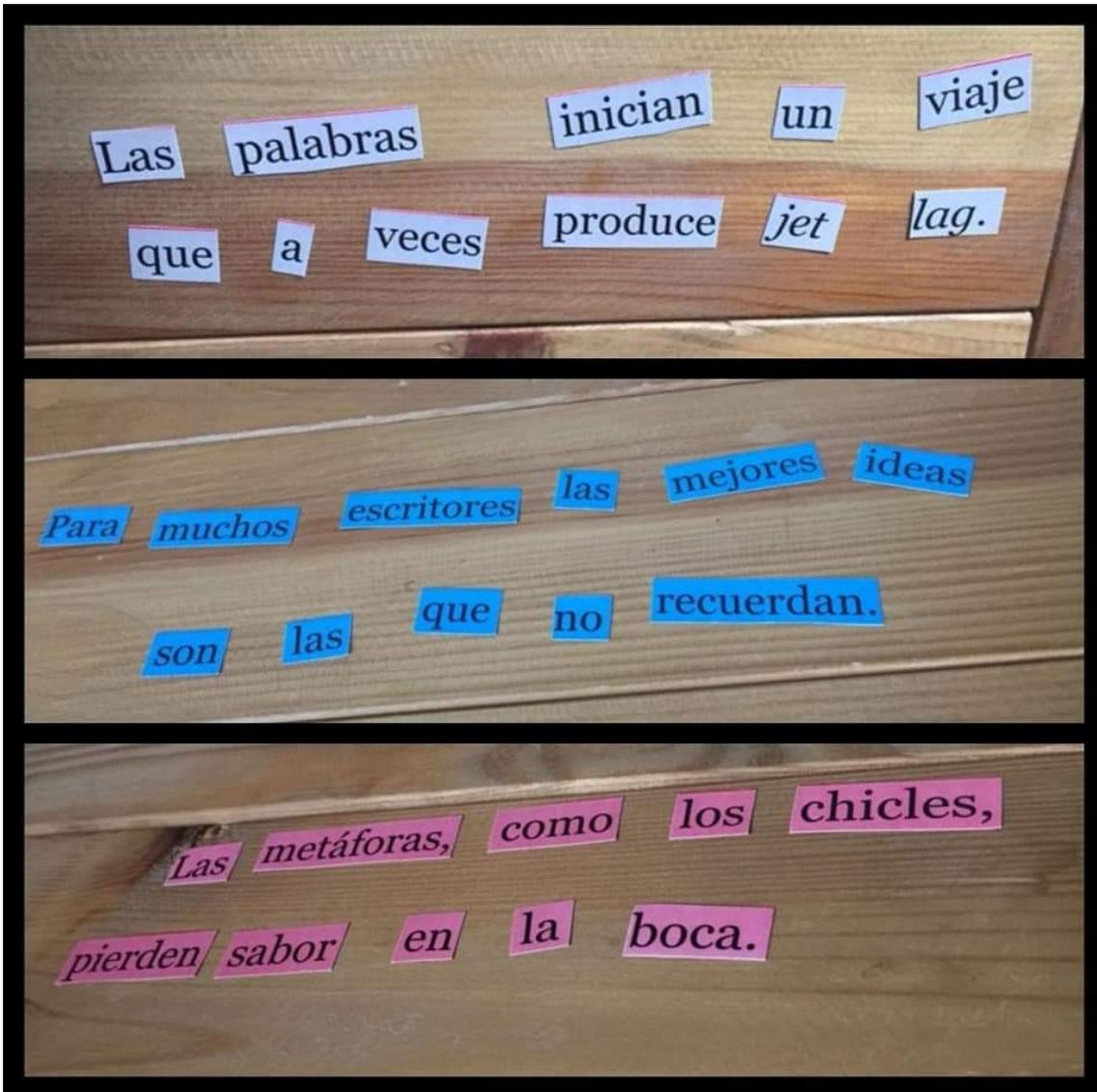


Ilustración 2: Juego iDea Aforism

Me da la sensación de que muchas veces nos sentimos en la obligación de servir de enlace entre autores y receptores. Esto hace que no nos atrevamos a dar nuestra opinión crítica sobre las manifestaciones artísticas porque, de entrada, ya suponemos su calidad. En el campo de la creación y de la recepción siempre hay que estar alerta. No podemos quedarnos en la superficie. A diario, mi práctica escritora me lleva a revisar mis propios textos y a descartar posibilidades que, aunque vistosas, son menos convincentes que otras que, superficialmente, no llaman tanto la atención. Algunos textos son solo espejismos que, según nos acercamos, se desvanecen. Ese espíritu crítico consiste en dudar de lo recibido, en alejarnos de la tendencia a creernos lo que ha sido publicado. Cuando una persona, sea profesor o alumno, se ve con capacidad de hacerlo,

de emitir juicios críticos, de decir: yo también puedo hacerlo, yo también puedo sugerir cambiar una palabra, detectar un cliché, o localizar un ripio, se produce un refuerzo de su autoestima.

Otras veces, me acerco a través de mi propia poética. De los libros nos llegan experiencias pero nuestras experiencias pueden llegar a los libros. Este es el filón que explotar en los talleres, cómo renovar el lenguaje y acercarlo al lector, cómo transformar su realidad en creación dominando el lenguaje. Por eso es muy importante la reflexión constante y el empleo del pensamiento crítico amparado por una, que no definitiva, poética. Para esto, por ejemplo, *iDea Aforism* (juego para montar aforismos sobre la expresión e intención estética), se convierte en una lúdica manera de comenzar una sesión de trabajo.

EL REFUERZO POSITIVO

Otro de los aspectos sobre los que reflexioné acerca de mi práctica a la hora de impartir talleres es la forma de actuar en el aula. En *Seré Bre* (CICUS, 2015) publiqué el siguiente aforismo: “¿En qué momento el lector de escritores noveles se convierte en francotirador?”, que ahora me sirve para ejemplificar este apartado. Hablo de enseñar mis brazos, mostrarlos ante los participantes... Y no se trata de una metáfora, sino de un acto literal de refuerzo de lo positivo. Afortunadamente, conservo casi intacta mi capacidad para sorprenderme, y esto repercute en el hecho de poder encontrar siempre algún aspecto destacable en cualquier manifestación artística. Cuando muestro el vello erizado de mis brazos estoy visibilizando la emoción experimentada ante algún texto. Tengo presente a un profesor que siempre encontraba algo positivo en cada uno de los textos que elaborábamos sus alumnos e intento no olvidarme de esta actitud. Hay una tendencia instaurada en lo social a ver primero lo negativo y suponer el resto como algo esperable. Y esa tendencia se debe invertir, especialmente, en los talleres de escritura creativa. No se puede atacar a la yugular desde una situación de supuesta superioridad. Se necesita capacidad para ponerse en la piel del otro. En los talleres se ve más claro porque todos somos iguales, y esa mirada, en cuestión de creatividad, se debe exportar a los colegios e institutos. Tiene que ser una mirada relativa (no olvidemos la edad de nuestros alumnos) y evidenciar lo positivo, hacer sentir que el que escribe puede. Después, con la precisión del cirujano y la ternura de una madre, orientar en todo lo que

sea mejorable. Ese modelo funciona y, por ese motivo, lo priorizo en los talleres que imparto.

ACCIÓN CONJUNTA

En cada una de las sesiones de un curso, o en la celebración puntual de un taller, cobra especial relevancia lo inesperado. Independientemente de la destreza que se pretenda desarrollar siempre se apoya en otras. De ahí que un taller de escritura creativa para docentes no pueda ir desligado de otras acciones tan necesarias como la expresión oral, la improvisación, la acción performativa, o el propio cuerpo. En el fondo, lo que se impone es la acción conjunta en el ámbito de la competencia comunicativa.



Ilustración 3: Taller de apropiacionismo. Ávila.

De lo anterior se entiende la heterogeneidad de las actividades de los talleres y su aplicación inesperada que, al alejarse de cualquier patrón, repercute sobre lo lúdico. A diferencia de los talleres tradicionales de escritura creativa, basados en el trabajo individual, apuesto por la realización de todo tipo de actividades: individuales, grupales, puntuales o de desarrollo a lo largo del curso, interactivas, trabajo por proyectos...

Todo lo anterior exige una planificación exhaustiva, un duro trabajo de elaboración de actividades y, teniendo en cuenta las relaciones que se crean entre las propias tareas, un coherente diseño para cada una de las sesiones.

RECEPTOR HETEROGÉNEO

Para los que defendemos a ultranza la escuela pública vemos en la diversidad, además de una realidad del mundo en que vivimos, una fuente de riqueza y de patrimonio. Ya en aquel primer taller me preguntaron si quería ofertarlo solo para profesores de lengua y literatura de Educación Secundaria. Después de pensarlo detenidamente decidí hacerlo internivelar. Pensé que, precisamente de todas las especialidades, esa era la que menos necesitaba un empujoncito en el desarrollo de la competencia comunicativa. Además, sentí verdadera curiosidad por saber cómo se expresarían, qué temas les preocuparía o cómo afrontarían la creación, profesores de otras materias en las que no se tiende a cultivar la creatividad tanto como desde la mía. Y con los maestros de primaria o infantil... Sentí tanta curiosidad... Además, esto era lo más parecido a una clase en la que si hay algo que prima es la diversidad de intereses y de niveles.

Con esta decisión estaba siendo realista, yo mismo me adentraba en una clase heterogénea como probablemente ellos hubieran hecho esa misma mañana. Mi manera de afrontar esa situación les podría proporcionar un marco de acción parecido al que encuadra su práctica diaria. Puedo afirmar que la decisión de trabajar con un grupo heterogéneo fue un acierto y sigue siendo fuente de recompensas estéticas y personales.

LO LÚDICO

Lo lúdico, cargado de contenido, por supuesto, es un componente esencial de cualquier formación, siempre que las circunstancias y la temática lo permitan (aunque yo estoy convencido de que, de alguna manera, siempre puede estar presente). Ya he comentado que la variedad de las actividades a realizar y lo inesperado ayuda, unido esto a la creación de escenarios ficcionales proporcionados, por ejemplo, por el teatro paranoia o la *performance*. La consigna es: “convirtámonos en alumnos y dejémonos llevar”. De todo este diseño me gustaría destacar las sesiones temáticas.



Ilustración 4: Sospechoso de creatividad. CEP de Sevilla

Las sesiones temáticas son ideales para trabajar en momentos puntuales, por ejemplo, inicio de trimestre o celebración de efemérides. Se trata de dotar a la sesión de un marco, de un hilo conductor, de dirigir los distintos ejercicios a la consecución de un objetivo. Así ocurrió en las Jornadas de Polígono Sur, en las que preparé una batería de ejercicios cuya realización facilitaba la consecución de distintas pistas encaminadas a descubrir qué había pasado con un cadáver encontrado en el edificio. Pensemos... ¿Cómo podría motivar a los profesores a entrar en mi taller?

En primer lugar intenté crear un ambiente previo. Compré cinta de la que se utiliza para señalar el paso y acordoné parte del edificio y, en concreto, la zona de acceso a la sala donde impartía el taller. También pegué carteles en los que se leía “prohibido pasar”. Esto ya creaba cierta incertidumbre porque los asistentes no sabían si, por ejemplo, había obras en el edificio. Como los profesores no me conocían me paseaba por allí para ver cómo reaccionaban. A todo esto, contaba ese día con la compañía de mi amigo Jesús Albarrán y de su guitarra (que me ayudaría a amenizar las puestas en escena de los textos). Le pedí a mi amigo que se tumbara sobre un viejo estor y lo cubrí con una sábana, dejando solo los pies fuera. Conté con la ayuda del secretario para, sigilosa y rápidamente, trasladar el “cadáver” a la distancia justa como para que a los asistentes no les quedara muy claro lo que acababan de ver. Después entré por el pasillo con un megáfono y avisé a los interesados en asistir al taller de escritura creativa que desalojaran la sala por un pasillo al final del cual estaba el lugar donde todo esperaba preparado para el desarrollo del taller. Sobre el suelo había marcado la silueta de un cadáver: teníamos que descubrir qué había pasado.

Una vez dentro, y a modo de *photocall*, los participantes se tenían que fotografiar con el cartel de “sospechoso de creatividad”, como si hubieran sido fichados en una comisaría. Luego, una a una, tenían que conseguir pistas para reconstruir la historia. Y esto lo lograban realizando las actividades que surgían de la propia acción.

Veamos... ¿A quién no le gusta jugar? Los profesores también necesitan divertirse al tiempo que se llevan modelos para reproducir, y decenas de ideas para aplicar sus propias historias...

CONCLUSIONES

Cuando me preguntan qué hago en los talleres o en los cursos que imparto contesto que nada especial, si acaso proponer problemas y ayudar a buscar soluciones creativas con los diferentes lenguajes que tengamos a mano.

De lo que aquí se ha dicho se desprenden algunas ideas interesantes como esa que evidencia que en el trabajo de la competencia comunicativa a través de la creación lo presencial es irremplazable. Además, en relación a la necesidad que tienen los docentes —provocada en parte por el desgaste psíquico del desempeño de sus funciones—, de expresarse y de ser escuchados, los talleres de creatividad, escritura,

improvisación y *performance* se convierten en el entorno formativo más apropiado al favorecer todo lo anterior e incorporar lo lúdico. Y les aportará no solo conocimientos y una batería de ejercicios y actividades que comparar, adaptar y sumar a las que ya conocen y aplican, sino también modelos comportamentales extraídos de la manera en la que el formador diseña, entiende y gestiona los talleres, así como de las interacciones que se producen con cada uno de sus compañeros de taller.

Para terminar, me situaré en el primer puesto de la fila de aquel taller, espacio ocupado por una profesora a la que alguien había recomendado que asistiera. Cuando se enteró de la temática del mismo se lamentó de no ser creativa. “Señora, ¿sabe usted abrir y cerrar puertas?”, le pregunté. Se inició entonces un debate sobre la creatividad y sobre el apropiacionismo como una de sus técnicas... Pero eso es ya materia de otro artículo que ahora no nos concierne.